

Reagan y el nuevo - proyecto conservador

Atilio Borón *

El triunfo de Reagan

La amplia victoria electoral de Ronald Reagan puso dramáticamente de relieve los alcances del proceso de radicalización del electorado norteamericano. Pero este desplazamiento del centro de gravedad del espectro político hacia la derecha —podría inclusive hablarse de una "fascistización" en ciernes— no constituye un hecho sorpresivo puesto que algunos indicios previos, ya claramente discernibles en los últimos cinco años, revelaban la presencia de una tendencia cada vez más poderosa que empujaba a sectores crecientes de la sociedad estadounidense a asumir posiciones francamente conservadoras. La elección de Reagan no constituye entonces una sorpresa o un accidente en la vida política de los EEUU: antes bien, expresa de manera contundente y amenazante la profundidad de este desplazamiento y sus posibles repercusiones domésticas e internacionales.

Por cierto que el triunfo de un candidato conservador, e inclusive abiertamente reaccionario en algunas materias, no es un fenómeno inédito en la política estadounidense. Su historia exhibe la alternancia de períodos de predominio conservador seguidos de otros de auge liberal, y bajo este punto de vista resulta obvio que Reagan no es el primer presidente conservador que se elige en un país de arraigada tradición liberal. Sin embargo, nos parece que su ascenso representa un fenómeno mucho más complejo y rico en significados que el cíclico desplazamiento del clima de opinión estadounidense. Por eso es

*Argentino, sociólogo, profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y en el Departamento de Estudios Internacionales del CIDE.

que creemos que una interpretación cabal del asunto debe situarlo en el marco de la crisis integral por la que atraviesan los EEUU: una crisis económica, política, ideológica, militar y de hegemonía internacional, y de cuyas entrañas surgió con fuerza una corriente de pensamiento capaz de articular un discurso político y un proyecto global eficaces para luchar contra los restos del liberalismo estatalista, en boga desde los tiempos de Franklin D. Roosevelt y ahora en definitiva bancarrotado. Se trata del neoconservadurismo, nueva versión del pensamiento burgués que procura dar una respuesta totalizante frente a una crisis que ataca los cimientos mismos de la formación social estadounidense y cuya gravedad ha precipitado la obsolescencia del viejo liberalismo.- Ideología de una época de crisis, como todas las variantes del conservadurismo justificatorio de la sociedad capitalista, este nuevo discurso ha suministrado muchas de las "nuevas ideas" con las que el gobierno de Reagan piensa resolver los grandes problemas de la sociedad norteamericana. Ha impuesto su retórica, su lenguaje y sus temas entre los intelectuales y la clase política de los Estados Unidos.

De los conservadores anacrónicos...

La emergencia de un pensamiento de cuño conservador en los EEUU ha sido considerada como un fenómeno que se desvía de los cauces típicos del *main stream* de la ideología estadounidense. Sin embargo, lo más interesante no ha sido este carácter de extrañeza sino su articulación y organicidad internas y, simultáneamente, el eco que ha encontrado en amplios sectores sociales y en la opinión pública del país. En

efecto, el discurso ideológico predominante en los EEUU siempre se había movido dentro de los prudentes parámetros de la tradición liberal, y los dispersos núcleos de carácter conservador sobrevivían en un medio cultural relativamente hostil, y más que nada como reducidos cenáculos de intelectuales desligados de los grandes movimientos sociales. Y es que el pensamiento genuinamente conservador chocaba frontalmente con la misma naturaleza del pujante capitalismo estadounidense, de manera muy especial. Debido a que, contrariamente a lo acontecido en Europa, las instituciones básicas y fundamentales del orden social, aquellas cuya defensa arduamente asumen los conservadores en todas partes, fueron aquí el resultado de una revolución democrático-burguesa y llevan una indeleble impronta capitalista. Por eso el conservadurismo estadounidense no logra inspirarse demasiado con la nostalgia por el viejo orden feudal que permea las diversas variantes de su contraparte europea. La inexistencia de formas precapitalistas en la historia nacional estadounidense, de un *ancien regime* que preservar, condenó a los conservadores a la incongruente misión de tratar de defender los privilegios económicos y políticos de un capitalismo cuyo dinamismo destruía rápidamente e implacablemente la estructura tradicional de la sociedad estadounidense. Este dilema histórico fue brillantemente captado por Sheldon Wolin al escribir que

"... Mientras los políticos conservadores componían himnos al individualismo, el localismo, la piedad dominical y las virtudes hogareñas, los banqueros conservadores, empresarios y ejecutivos

de las corporaciones estaban ocupados en debilitar muchos de los centros locales de poder y autoridad, desde el pequeño negocio y la granja militar hasta los pueblos y ciudades." 1

... a los neoconservadores

Como no podía ser de otro modo, el conservadurismo estadounidense fue rápidamente rebasado por el empuje del naciente capitalismo de las jóvenes colonias inglesas y por eso mismo circunscrito a una permanente cuanto inefectiva apología del orden existente. Inefectiva o superflua dado que, a diferencia de los conservadores europeos que procuraban afianzar las instituciones y valores básicos de la vieja sociedad erosionados irresistiblemente por el avance de burguesía, los estadounidenses se aferraban a un mito: el de un capitalismo de pequeños propietarios, de mercados competitivos y de textura predominantemente rural. No podían, en consecuencia, formular una defensa adecuada y no utópica de la sociedad capitalista realmente existente. Por eso mismo carecían de una vinculación orgánica con las clases dominantes y su papel era simplemente el de un estrato de intelectuales tradicionales, carentes de importancia en los mecanismos de mantenimiento y reproducción de la formación social.

La situación actual, sin embargo, parece anunciar un cambio de rumbo. Algunos autores, Peter Steinfels entre ellos, sostienen que "llegó la hora" del neoconservadurismo, y que finalmente se ha constituido en los EEUU, un "conservadurismo serio e inteligente", mismo que había sido un conspicuo ausente en la historia de ese país.¹ Su influencia en la sociedad americana ha crecido hasta el punto que son los personeros de esa corriente los que

"establecen (los temas) de la agenda de nuestra vida política nacional, fijando las reglas de la discusión pública. Cenando con el presidente, asesoran a sus asesores, se sientan en el senado, diseñan estrategias para los partidos políticos, ejercen tutoría sobre los medios de comunicación, filosofan para el gran capital y nuclear a los héroes olvidados de la guerra fría en las filas del movimiento obrero. Los neocon-

servadores están sólidamente atrincherados en las universidades de *élite* —la iglesia establecida de nuestros días— y están construyendo muy rápidamente una base intelectual independiente de impresionantes dimensiones: fundaciones, revistas e institutos de investigación desde las cuales lanzan sus actividades misionales". 3

¿Cómo se explica esta inédita vigencia del pensamiento conservador en los EEUU? Sintetizando en extremo digamos que surge con bríos porque, entre otras cosas, tiene una inmensa virtud: la de plantear en términos concretos y reales la defensa del capitalismo monopolístico —sin romanticismo, tal y como existe hoy día— y su proyecto hegemónico. Si para ello es necesario evocar algunas tesis de los grandes patriarcas del conservadurismo, como Hobbes y Burke, o de Tocqueville, vaya y pase; pero, más que eso, los neoconservadores se han propuesto reformular los viejos conceptos del conservadurismo y del liberalismo pequeño propietario de Locke y los Federalistas a fin de compatibilizarlos con las realidades emergentes del funcionamiento contemporáneo del capitalismo en la edad del imperialismo. De ahí que su conservadurismo tenga pocos puntos de contacto con las clásicas reflexiones de Burke. Su liberalismo, que constituye un ingrediente insustituible en su *Weltanschauung*, porque se trata de un conservadurismo burgués y no feudal, tiene asimismo escasa vinculación con las enseñanzas de Adam Smith. La síntesis neoconservadora, aún cuando sea tal vez excesivo referirse a una visión ya plenamente integrada, cumple sin embargo muy bien su función de legitimar a la sociedad burguesa tal cual es, de racionalizar un régimen de producción en el cual "el 10% más rico de la población... recibe el 29% de todos los ingresos personales y posee el 56% de la riqueza nacional, mientras que el 10% más pobre recibe el 1% de los ingresos y está endeudado". 4

Who is who

Ahora bien, ¿quiénes son estos intelectuales que tan exitosamente han procurado fundar sobre nuevas bases la hegemonía del capitalismo monopolístico,

actualizando en consonancia con el desarrollo reciente de la sociedad estadounidense los mecanismos burgueses de "dirección intelectual y moral" que Antonio Gramsci oportunamente analizara en su "Americanismo y fordismo"?

Se trata de un nutrido grupo de escritores, periodistas y académicos que, en su gran mayoría, habían tenido una activa militancia en los círculos del liberalismo y de la propia izquierda norteamericana y que todavía hoy adhieren mayoritariamente al Partido Demócrata. Jóvenes entusiasmados con el Nuevo Trato de Roosevelt en los treinta; ardientes liberales durante la cacería maccarthista; reflexivos y ponderados neoconservadores en los años de Nixon, su trayectoria político-intelectual revela no solamente las flaquezas ideológicas de un pensamiento potencialmente contestatario sino también, y esto es preciso subrayarlo, la extraordinaria capacidad de la sociedad estadounidense para cooptar desde su propia raíz los gérmenes de una propuesta eventualmente alternativa. Es por eso que muy atinadamente el semanario *Newsweek* los bautizó "refugiados de la izquierda liberal", y aún cuando el apelativo pueda ser exagerado para algunos de ellos dada su más profunda raigambre conservadora, en general se trata de un segmento de intelectuales desilusionados con los proyectos históricos de superación del capitalismo y por eso mismo favorablemente predispuestos a reevaluar lo que consideran sus logros indiscutibles. En la opinión de Irving Kristol, la salvaguardia del capitalismo y la deseabilidad de su supervivencia por un largo período histórico se justifican porque nuestra época ha sido incapaz de "proponer alguna alternativa plausible. El socialismo, el comunismo y el fascismo han resultado ser ilusiones utópicas o fraudes sór-

¹ Sheldon Wolin: "The new conservatives"; en *The New York Review of Books*, 5 febrero 1976, pp. 6-8; citado en Peter Steinfels: *The neoconservatives*; Simon and Schuster, Nueva York, 1979; p. 17.

² Cfr. Steinfels, op.cit., p. 15.

³ Peter Steinfels, "The Reasonable Right", en *Esquire*, febrero 13, 1979, p. 24.

⁴ Según datos presentados en Lewis Coser: "Introduction"; en I. Coser y L Howe (eds): *The new conservatives. A critique from the left*; New American Library, Nueva York, 1977; p. 6.

cidos".⁵ Deben, por eso mismo, ser descartados, y el rigor crítico con el que antes se enjuiciaba a la sociedad burguesa y sus fracasos deben dar paso a una mirada madura y objetiva que ponga de relieve los muchos éxitos del capitalismo.

En esta actitud complaciente y conformista han confluído un selecto grupo de intelectuales como Daniel Bell, Nathan Glazer, James Q. Wilson y Samuel P. Huntington, de Harvard; Seymour M. Lipset, ex-harvadino actualmente en la Hoover's Institution de Stanford; y otros profesores vinculados a las grandes universidades como Robert Nisbet, Zbigniew Brzezinski, Jeane Kirkpatrick, Robert Tucker, Arthur Laffer, Aaron Wildavsky, Edward Banfield, Peter Drucker, Ithiel de Sola Pool, Edward Shils, Peter Berger, Walter Laqueur, Martin Diamond y el propio Herman Kahn, contumaz estratega de la "American superiority" y tristemente célebre por sus recomendaciones genocidas durante los años de guerra de Viet-nam. Forman también parte de este grupo varios editores y publicistas, ligados asimismo a importantes universidades del país: entre los más notables se cuentan el ya mencionado Irving Kristol; antiguo dirigente juvenil del trotskismo neoyorkino de la década de los treinta (en cuyas filas también militaron Lipset, Glazer y Bell), Norman Podhoretz y Midge Decter. Dentro de este círculo áureo que nuclea a lo más selecto del neoconservadurismo se menester incluir a Daniel Patrick Moynihan, ex-embajador de los EEUU ante las Naciones Unidas y actual senador por el estado de Nueva York, quien es, sin duda su figura más popular y reconocida por la opinión pública estadounidense.⁶ Muy próximo a este grupo medular del neoconservadurismo se encuentran Milton Friedman y su colega de Chicago, Arnold Haberger; David Stockman, recientemente nombrado por Ronald Reagan como Director de la Oficina de Administración y Presupuesto con la finalidad específica de recortar drásticamente el abultado presupuesto federal; el representante republicano por el estado de Nueva York Jack Kemp, y por último, de modo más indirecto, toda una vasta red que vincula a miembros de las más prestigiadas universidades, a personajes del mundo de los negocios y del trabajo, a periodistas nacionales, a destacados intelectuales ex-



tranjeros como Raymond Aron y los "nuevos filósofos" e influyentes periodistas ingleses como Robert Moss (77w *Economist*), a importantes líderes del Congreso como el senador Henry Jackson y ex-miembros de las fuerzas armadas como el almirante retirado Elmo Zumwalt Jr. y el mismísimo general Alexander Haig, actual secretario de Estado de la administración Reagan.⁷

Los importantes nexos

Pero más allá de sus antecedentes académicos y de su acceso privilegiado a los medios masivos de comunicación, el rasgo más notable de la corriente neoconservadora es que se trata de una *intelligentzia* sólidamente vinculada con las clases dominantes. Con todo, su aparición en la escena política y cultural estadounidense fue sorprendente: surgió con el reflujo que experimentaron las luchas sociales luego de su auge en la década de los sesentas, pero como un acontecimiento imprevisto y cuya gestación subterránea pasó desapercibida para la mayoría. Es por eso mismo que el neoconservadurismo, al igual que la *New Left*, es un legado de la

Nueva Frontera y de la Gran Sociedad, de Watts y Detroit, de la rebelión en los "campus" y en los "ghettos", de la liberación femenina y de la lucha de los chicanos y las minorías oprimidas; es también consecuencia del desastre de Viet-nam, que destruyó el mito de la invencibilidad estadounidense, y del escándalo de Watergate, que socavó profundamente los principios de legitimidad del Estado y de su clase gobernante. Pero, a diferencia de la *New Left*, su propuesta de reinterpretación teórica de la crisis de la formación-social estadounidense es plenamente com-

⁵ Cfr. "When virtue loses al ber loveliness—some reflections on capitalism and the free society"; en Daniel Bell e Irving Kristol: *Capitalism today* Menor Books, Nueva York, 1971; p. 25.

⁶ Cfr. Peter Steinfels: op. cit., pp. 81-82.

⁷ Sobre las "conexiones" que vinculan a los neoconservadores con los más poderosos grupos, asociaciones y clases del país, consúltense los trabajos ya citados de Steinfels y el trabajo de Luis Maira, "El impacto del viraje conservador de Estados Unidos en América Latina"; Centro de Capacitación para el Desarrollo, documento A-5, mimeo., México, 1979.

patible con la construcción de una nueva hegemonía que las actuales circunstancias imponen como condición de sobrevivencia a la gran burguesía monopolística.

Por su parte, el nuevo marxismo estadounidense, surgido también de los sesentas pero de modo más espectacular, queda como un movimiento de intelectuales —vigoroso, expansivo y que ha sido inexplicablemente subestimado tanto en los EEUU como en América Latina— que todavía no logra articularse a las luchas de las clases subalternas: es por eso que, en los EEUU, socialismo y movimiento obrero transitará aún por carriles separados. No ocurre lo mismo en el caso del neoconservadurismo y las organizaciones corporativas de la clase burguesa.

Precisamente, lo llamativo del caso consiste en que esta respuesta conservadora a la crisis general del capitalismo está indisolublemente unida a las tentativas que los sectores más lúcidos del capital estadounidense han venido ensayando para atenuar los efectos negativos de la coyuntura actual. Se produce así, en el caso del neoconservadurismo, un vínculo *orgánico* con una clase burguesa que, en una nueva fase de su desarrollo histórico, requiere redefinir sus intereses corporativos de forma tal que, sacrificándolos parcialmente, sea capaz de reconstruir una voluntad colectiva nacional que la habilite para continuar siendo dirigente a la vez que dominante.

Las tesis del neoconservadurismo

Veamos brevemente cuales son los contenidos específicos de este nuevo proyecto de hegemonía del gran capital monopolista.

Primero, el neoconservadurismo hace un diagnóstico dramático de la situación de los EEUU y del mundo occidental toda vez que *constata la existencia de una profunda crisis política* que se expresa en la creciente pérdida de legitimidad de los regímenes democráticos y de sus clases gobernantes. A consecuencia de ello se ha abierto una época de inestabilidad y conflicto que amenaza con destruir los legados más preciados de la civilización liberal. Hay, por lo tanto, una crisis de autoridad, una crisis orgánica que está socavando la propia viabilidad del sistema y que reclama a gritos correctivos rápidos y

eficaces que impidan el "suicidio" de las democracias burguesas.⁹

Segundo, esa crisis no puede ser atribuida, como según los neoconservadores harían rutinariamente los teóricos de la *New lieft*, a deficiencias o problemas serios originados en la estructura productiva norteamericana. Ella es inocente ante el desorden actual: no fueron las instituciones fundamentales de la economía capitalista las que produjeron el actual estado de cosas. Tampoco hay que buscar las causas de la crisis en las flaquezas o capitulaciones de la clase política a cuyo cargo está el manejo del aparato estatal. Aunque ésta no fue todo lo esclarecida que hubiera sido de desear, su sola incompetencia no podría haber producido una crisis de esta envergadura. Por lo tanto, concluye el razonamiento, el origen del malestar actual no debe ser buscado en la economía o en la política sino en la cultura. Se trata de *una crisis primordialmente moral y cultural* y que ha tenido como resultado la fractura de esa amalgama ideológica verdaderamente única que había otorgado sentido a la empresa de construir la nación más poderosa del mundo.

Tercero, la crisis política es agravada por una derivación de la crisis cultural: la gente exige demasiado del gobierno, que solucione muchos problemas que lo natural sería que fuesen resueltos al margen de la acción gubernamental. *Esto produce la "sobrecarga" del Estado y ahí se halla el origen de su incapacidad para brindar los satisfactores que se reclaman y su consecuente deslegitimización.*

Este argumento constituye el meollo de todo el informe de la Comisión Trilateral, cuyo inspirador teórico es sin duda alguna Samuel P. Huntington. En líneas generales se sostiene que la década de los sesentas fue escenario de grandes movilizaciones populares y que expresaban el irresistible impulso igualitarista y participativo de una sociedad civil que había abandonado su conformismo y quietismo habituales. El impacto del auge extraordinario de la lucha de clases en América, pues de eso se trataba precisamente, es interpretado por Huntington (y con él por toda la corriente neoconservadora) en el sentido siguiente: que "la vitalidad de la democracia en los EEUU en los sesentas produjo un incremento sustancial en la actividad gubernamental y una pérdida sustancial en la autoridad gu-

bernamental".⁹En consecuencia: el fervor democrático de los sesentas acreó los problemas de gobernabilidad de la democracia en los setentas. Huntington se toma tiempo además para despachar en dos renglones la obra de James O'Connor y los marxistas norteamericanos: lo que éstos creen erróneamente ser un problema de la economía capitalista es, en realidad, un producto de la política democrática.¹⁰ Es la propia democracia burguesa la que impulsa la expansión de las actividades estatales y la ineludible crisis fiscal que la acompaña.

La presencia de otro componente ideológico muy propio de la cultura estadounidense también es señalado por los neoconservadores como causante de la explosión participativa: la demanda por una creciente e insaciable igualdad, no sólo legal y política, es decir de oportunidades, sino igualdad de condición económica y social. Aquí los neoconservadores se detienen a abreviar en las fuentes tocquevillianas para desde ellas fundamentar sus conclusiones pesimistas. Es bien sabido que de Tocqueville veía a la lucha por la igualdad como "una irresistible revolución avanzando siglo tras siglo por encima de todos los obstáculos y que aún hoy continúa su camino en medio de las ruinas que ella misma ha creado",¹¹ y que, preanunciando el dilema actual de liberalismo, planteaba asimismo que a pesar de que los pueblos democráticos

"poseen una predilección natural por la libertad. . . su pasión por la igualdad es ardiente, insaciable, eterna e invencible.

Ellos quieren la igualdad en libertad, pero si eso no fuera posible, preferirían la igualdad en la esclavitud. Tolerarían la pobreza, la servidumbre y el barbarismo pero jamás la aristocracia".

⁹ Cfr. Maira, op. cit., p. 11; y Steinfels, The Neoconservatives, op. cit., pp. 53-55.

⁹ Samuel P. Huntington: "The democratic distemper"; en The American Commonwealth, Basic Books, Nueva York, 1976; pp. 11.

¹⁰ Ibid., p. 14.

¹¹ Alexis de Tocqueville: Democracy in America; Anchor Books, Garden City, 1969; p. 12.

¹² Ibid., p. 506.

A mil males, un remedio

El diagnóstico de los neoconservadores, que como hemos visto absuelve generosamente de toda culpa al capitalismo norteamericano y sus instituciones fundamentales, se completa con una propuesta política clara y sencilla, apta para ser súbitamente incorporada como un nuevo "sentido común" de las masas ante una situación de crisis. La estrategia contempla, en su nivel más global, los siguientes elementos:

a) Reafirmación de la autoridad y protección del gobierno. No habrá solución posible, dicen los conservadores, si la crisis de legitimidad no es contundentemente atacada y si el gobierno no recupera su racionalidad y eficacia. Un gobierno con autoridad es condición para el continuo ejercicio de la libertad. Pero esto supone un Estado que no se vea desacreditado por la inevitable frustración de sus programas sociales y asistencialistas, impuestos por una sociedad civil excesivamente movilizad y que sobrecarga más allá de lo razonable el aparato estatal. El espectro de Hobbes reaparece nítidamente para reivindicar la validez de su premisa fundamental: el sometimiento en la sociedad civil a las imposiciones del Estado, fetichizado como garante autoritario y exclusivo del orden.

b) En función de la recomendación precedente se derivan una serie de implicaciones más específicas. Aquí obviamente se acentúan diferencias entre diversos autores, pero, pese a ello, las propuestas de recortar significativa-

mente los gastos fiscales originados en las diversas actividades y aparatos estatales son bastante compartidas, aunque sin llegar a los delirios decimonónicos de Milton Friedman.

Como quiera que un número muy grande de actividades estatales simplemente no pueden ser canceladas, se impone una estrategia tendiente a proteger la autoridad gubernamental dispersando la responsabilidad de sus eventuales fracasos entre los niveles estaduales y locales del gobierno. Esto significa también que el mercado debe ser liberado de las pesadas restricciones que durante casi medio siglo de intervencionismo "socializante" perturbaron su normal funcionamiento, convirtiéndose nuevamente en efectivo agente de la asignación de los recursos escasos y bastión inexpugnable de las libertades democráticas.

c) En relación a la gran masa de población estadounidense, el neoconservadurismo propone una suerte de "contrarrevolución de las expectativas decrecientes". Es necesario moderar las aspiraciones populares, de lo contrario el sistema se sobrecarga y finalmente se desploma. La irresistible tendencia señalada por de Tocqueville debe ser encauzada razonablemente y, a tal efecto, los valores tradicionales de la religión y la familia deben ser reafirmados, puesto que son eficaces en proponer justificaciones piadosas y estoicas para atravesar mansamente este valle de lágrimas. Por eso los autores de esta corriente insisten tanto en el carácter imperativo que tiene la restitución de

la confianza en los contenidos éticos de las instituciones tradicionales para la refundación de un nuevo orden social norteamericano.

d) Por último, este nuevo proyecto hegemónico subraya la necesidad de la unidad nacional, la lealtad y la disciplina para hacer frente a las responsabilidades que plantea un mundo cada vez más hostil a los valores y los intereses estadounidenses. Una mentalidad tipo "guerra fría" impregna todo este argumento: la imagen de una sociedad opulenta, sitiada por masas hambrientas y radicalizadas, 'no admite concesiones al enemigo ni aislacionismos que impliquen una capitulación ante las funciones de liderazgo del "mundo libre" que son consustanciales a los Estados Unidos.

Racionalidad de la fórmula

Decíamos pues que los neoconservadores salen al paso, resueltamente, de la crisis general del capitalismo.

Tratan de proponer una nueva fórmula política que concilie la perplejante existencia de la moderna corporación monopolista con los principios de la democracia liberal, y que proporcione al gran capital una legitimidad difícil de construir con la materia prima accesible en los territorios del liberalismo. Pero además, como lo señala correctamente Luis Maira, los neoconservadores tienen que lograr algo adicional: articular un nuevo proyecto nacional para la burguesía estadounidense, esto es, definir sus objetivos in-

LITERATURA CHILENA en el EXILIO



SUSCRIPCION

Individual 1 año - US\$ 10	Instituciones 1 año - US\$ 16
Individual 2 años - US\$ 17	Instituciones 2 años - US\$ 30
Individual 3 años - US\$ 24	Instituciones - US\$ 42

ORGANOS DE LOS ESCRITORES CHILENOS EN EL EXILIO

Se publica 4 veces al año: (Enero - Abril - Julio y Octubre)

Director, Fernando Alegria; Editor, David Valjalo

Presidente del Comité Internacional, Gabriel Garcia Márquez

P.O. Box 3013

Hollywood, California 90028

tegrales, válidos para toda una época histórica, tanto en el ámbito doméstico como en lo relativo al sistema internacional.¹³

Más allá del destino final de esta propuesta, lo que sí resulta innegable es la racionalidad del proyecto neoconservador, tanto "de sentido" como "instrumental", como quería Max Weber, para los intereses fundamentales del gran capital monopólico. Racionalidad que se tomó tanto más importante por el momento histórico y la significación de esta crisis general del capitalismo. Decíamos al principio de este trabajo que se trataba de una crisis en sentido integral y no exclusivamente económica: aparte de los rasgos básicos de la crisis económica ("*stagflation*", crisis del dólar, balanza de pagos, energía, desempleo, etcétera) se encuentra la crisis política y la erosión de la legitimidad del gobierno (Watergate es tan sólo el símbolo más llamativo de ésta), la crisis ideológico-cultural (jóvenes, mujeres, minorías, "hippies", etcétera) y la crisis de la hegemonía norteamericana a nivel mundial. La derrota sufrida en Viet-nam, más los retrocesos experimentados en Nicaragua e Irán, dos regiones cruciales dentro del esquema geopolítico norteamericano, han deteriorado sensiblemente el significado de la presencia estadounidense en el sistema internacional. Su "credibilidad" ante socios y aliados se encuentra profundamente cuestionada, mientras que sus adversarios han comprobado que su gigantesco aparato militar puede ser derrotado, que tiene pies de barro, que los David oprimidos por el imperialismo también pueden doblegar al Goliath de la era tecnocrática.

Del proyecto neoconservador

El neoconservadurismo trata, en síntesis, de dar una respuesta totalizadora y

coherente a esta crisis que se expresa en todos los niveles de la vida social. A una crisis que no hace falta ser catastrofista para afirmar que es más grave, mucho más grave que la de 1929; lo cual no significa augurar inocentemente que será la "final", sino tan sólo insistir en que su mayor gravedad comparativa radica en un dato de nuestra historia contemporánea, a saber: que es la primera crisis general del capitalismo que se produce en un momento en que la correlación mundial de fuerzas entre socialismo y capitalismo, entre revolución y contrarrevolución, se ha modificado en un sentido desfavorable para el capitalismo.

De ahí que es muy probable que la respuesta política y militar, económica y social también, a esta crisis sea de una extraordinaria agresividad. Los primeros pasos de la administración Reagan parecen apuntar en esa dirección; el proceso de fascistización de la sociedad americana, con su pulular de candidatos y políticos derechistas, de programas conservadores y reaccionarios, parecería ofrecer una buena base social para un intento de reconstrucción autoritaria del orden capitalista, tanto dentro como fuera de los EEUU, en la arena internacional. Y tal vez sea precisamente aquí, en la política exterior en donde las ominosas perspectivas que se desprenden de la racionalidad neoconservadora se manifiestan con todo su sentido histórico. En un trabajo muy reciente, Jeane Kirkpatrick, actual embajadora de los EEUU ante las Naciones Unidas, planteaba ásperamente los marcos de referencia para el análisis de la situación política en Centro América. El título mismo de su trabajo, "El problema de Hobbes: orden, autoridad y legitimidad en Centro América", ahorra comentarios, y su objetivo es justamente el tratar de resolver el problema de la ausencia de orden y autoridad de esa región.¹⁴ Lue-

go de analizar el caso de El Salvador, Kirkpatrick concluye que

"Hobbes sostiene que la guerra civil y la anarquía, siendo problemas políticos, requieren soluciones políticas. La solución que él prevee es la autocracia. Difícilmente sea la ideal, seguramente que no lo es bajo los líderes demócratas de El Salvador, Napoleón Duarte: yo pienso que... lo más importante es cómo resolver la base de todos nuestros problemas... la violencia; cualquiera que tenga la capacidad para hacer eso debería tener el poder."¹⁵

La conclusión es de una claridad impecable. Allí donde las clases subalternas se rebelan contra la explotación y la opresión, y por consiguiente socavan el imperio de la autoridad y el orden, la política exterior norteamericana deberá canalizar todos sus esfuerzos para restaurarlos. La crisis producida por la miseria y el desempleo, la desnutrición y la enfermedad, el despotismo y la represión debe ser conjurada restaurando el orden y la autoridad que la originaron. La razón neoconservadora, llevada a la escena histórica a protagonizar su papel, demuestra los límites de su verdadera condición: intelectuales orgánicos del capital monopolista. Sus bellas palabras y sus sofisticadas argumentaciones se ahogan en el surgir de la metralla que intenta vanamente restaurar un orden y una autoridad que constituyan una ofensa a la disparidad humana. **a•**

¹³ Luis Maira: "El proyecto de Reagan"; Nexos Núm. 37, México, D.F., enero de 1981; p. 3.

¹⁴ Jeane Kirkpatrick: "The Hobbes problem: order, authority and legitimacy in Central America"; American Enterprise Institute, mimeo., Washington D.C., 1980; pp. 22-23.

¹⁵ *Ibid.*, p. 41.

NUEVOS SOCIALISTAS

... Aunque le parezca extraño, nosotros, los que estudiamos en Chicago, somos más socialistas que los socialistas que conocimos hasta septiembre de 1973. En el actual marco económico las empresas del Estado están luchando por un socialismo racional, en contra de un socialismo de *slogan*. La racionalidad del esquema económico actual producirá más rentabilidad que la irracionalidad del socialismo anterior.

José Manuel Edwards, presidente del directorio de la Empresa de Ferrocarriles del Estado, asesor del Ministerio de Economía y profesor de la Universidad Católica.

Hoy núm. 187, Santiago. 18 al 24 de febrero de 1981.